

PARA SABOREAR DURANTE LA SEMANA...

“Engullimos de un sorbo la mentira que nos adula y bebemos gota a gota la verdad que nos amarga”

Diderot



Caravaggio. La incredulidad de santo Tomás. 1602

PARA LEER...

ZWEIG, S, *La impaciencia del corazón*. Ed. Acantilado, Madrid

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
-Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
dad@sancamilo.org
www.camilos.es



De domingo a domingo

Año IV. HOJA nº 123 - Del 30 de abril al 7 de mayo de 2011

Ven tú también, Tomás



Ven tú también, Tomás, sal de la cueva de tu dolor, pon tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y ponla en mi costado. Y no digas que tu aflicción ciega ve más que mi gracia. No te fortifiques en la torre de tus tormentos. Está claro que crees que ves más que los otros, tienes pruebas en la mano, te crees que está muy claro y todo tú gritas: ¡imposible! Ves la distancia y la puedes medir, entre pecado y expiación, entre tú y yo. ¿Quién quiere luchar contra esta evidencia? Te retiras a tu dolor que al menos es tuyo; en la experiencia de tus dolores notas que vives. Y si alguien metía la mano e intentaba arrancar la raíz, te arrancaría todo el corazón del pecho, de tan unido que estás con tu dolor. Pero yo he resucitado y tu dolor sabio y viejo en el que te hundes, en el que te imaginas demostrarme fidelidad, en el que te crees estar conmigo, ya no es de este tiempo. Porque hoy soy joven y feliz. Y lo que consideras tu fidelidad es la obstinación. ¿Tienes una medida en la mano? ¿Es tu mano una regla para aquello que es posible a Dios? ¿Tu corazón lleno de acontecimientos, el reloj en el que lees la sentencia de Dios sobre ti? Es incredulidad lo que tú tomas como sentido profundo. Pero ya que eres tan susceptible y el tormento de tu corazón se ha abierto hasta el fondo de ti mismo, dame tu mano y toma el pulso de otro corazón: tu alma se lanzará a esta nueva vida y vomitará la oscura hiel acumulada en ti. Te tengo que dominar. No te puedo ahorrar reclamarte la cosa más preciada que tienes, tu tristeza. Sácala aunque te cueste el alma y te parezca que tienes que morir.

Saca ese ídolo, la fría piedra de tu pecho, y en su lugar pondré un nuevo corazón de carne que latirá al compás del mío. Dame ese yo, que vive de ello, de no poder vivir, que está enfermo porque no puede morir: déjalo morir, así finalmente podrás comenzar a vivir. Estás enamorado del triste enigma de su incomprendibilidad, pero tú eres bien comprendido, porque mira: cuando tu corazón te acusa, yo soy mayor que ese corazón tuyo y lo sabe todo. Atrévete a dar el salto a la luz, no consideres al mundo más profundo que Dios, no pienses que yo no podría contigo. Tu ciudad está asediada, tus provisiones se han agotado: te tienes que rendir.

¿Qué existe tan simple y dulce como abrir la puerta al amor? ¿Qué hay tan fácil como arrodillarse y decir: Señor mío y Dios mío? [...]

Tomás, has puesto tu dedo dentro de mi corazón abierto. Tu alma, ¿también ha entendido qué significa: Soy manso y humilde de corazón? ¿Has adivinado, discípulo mío, ese misterio del corazón, el más íntimo, ese misterio que tengo en el corazón y que lo colma hasta derramarse? Si lo hubierais entendido, amigos, ¿iríais por el eterno camino de Emaús con el espíritu perturbado y atribulado y os romperías la cabeza preguntándoos por qué yo había tenido que padecer y morir, por qué no comparece mi reino, por qué vuestra esperanza, vuestra esperanza pueril, se rompió como un juguete, y, ya que no podéis dejar de abonarla cada día, se vuelve a romper cada día? Mirad, yo mismo os rompo esa esperanza en el reino inminente, los truenos a izquierda y derecha, un andamio fastuoso, una iglesia triunfante, reinando sobre los pueblos de levante y de poniente, sobre lo que vosotros decís la paz de Cristo en el reino de Cristo y aquello que sólo es vuestro anhelo de reposo y de existencia asegurada en el reino de este mundo. Tú quieres pruebas de mi resurrección, quieres ver este reino, en lugar de creer en él, y quiere ver las heridas en lugar de sentir las, Tomás, quieres obtener la victoria del reino con el sufrimiento.

¿Dónde he obtenido la victoria sino en la cruz?

Me refugio en las llagas de Cristo crucificado

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy: Con las letras que sobran obtendrás una frase. Si la descubres, envía la frase a este correo: dad@ancamilo.org.



S	J	E	S	U	C	S	R	I	S	P
T	A	O	R	O	E	A	S	U	A	C
I	U	M	R	T	A	I	D	D	I	O
D	T	B	O	E	V	S	R	U	R	E
L	I	V	E	T	O	E	L	A	G	A
L	R	L	E	G	D	M	R	I	E	A
A	I	S	U	L	A	S	S	D	L	I
S	P	S	A	N	T	O	U	C	A	I
P	S	Ñ	U	L	S	O	S	S	T	R
A	E	S	S	U	O	M	U	E	E	R
S	T	E	E	N	C	C	R	U	Z	J

Frase anterior: los cristianos iniciamos con el Domingo de Ramos la semana más grande del año

EVANGELIO (Jn 20,19-31)

Lectura del santo Evangelio según San Juan

Al anoecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

- Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

- Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

- Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos.

Tomás, uno de los doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

- Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó:

- Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

- Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás:

- Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás:

- ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo:

- ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.